

SERMON 227

Tema: El sacramento de la Eucaristía.

Lugar: Hipona.

Fecha: Día de Pascua. Posterior al 412.

Tengo bien presente mi promesa. Os había prometido a los que habéis sido bautizados explicaros en la homilía el sacramento del Señor, que ahora ya veis y del que participasteis en noche pasada. Debéis conocer lo que habéis recibido, lo que vais a recibir y lo que debéis recibir a diario.

Este pan que vosotros veis sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. Este cáliz, mejor, lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el Señor dejarnos su cuerpo y sangre, que derramó para la remisión de nuestros pecados. Si lo habéis recibido dignamente, vosotros sois eso mismo que habéis recibido. Dice, en efecto, el Apóstol: *Nosotros somos muchos, pero un solo pan, un solo cuerpo*. He aquí cómo expuso el sacramento de la mesa del Señor: *Nosotros somos muchos, pero un solo pan, un solo cuerpo*. En este pan se os indica cómo debéis amar la unidad. ¿Acaso este pan se ha hecho de un solo grano? ¿No eran, acaso, muchos los granos de trigo? Pero antes de convertirse en pan estaban separados; se unieron mediante el agua después de haber sido triturados. Si no es molido el trigo y amasado con agua, nunca podrá convertirse en esto que llamamos pan. Lo mismo os ha pasado a vosotros: mediante la humillación del ayuno y el rito del exorcismo habéis sido como molidos. Llegó el bautismo, y habéis sido como amasados con el agua para convertirnos en pan. Pero todavía falta el fuego, sin el cual no hay pan. ¿Qué significa el fuego, es decir, la unción con aceite? Puesto que el aceite alimenta el fuego, es el símbolo del Espíritu Santo. Poned atención a lo que se lee en los Hechos de los Apóstoles; ahora comienza a leerse este libro; hoy comienza el libro denominado Hechos de los Apóstoles. Quien quiera progresar tiene cómo hacerlo. Cuando os reunís en la Iglesia, evitad las habladurías necias y prestad atención a la Escritura. Nosotros somos vuestros libros. Estad atentos, pues, y pensad que en Pentecostés ha de venir el Espíritu Santo. Y ved cómo vendrá: mostrándose en lenguas de fuego. El nos inspira la caridad, que nos hace arder para Dios y despreciar el mundo, quemará nuestro heno y purificará nuestro corazón como si fuera oro. Después del agua llega el Espíritu Santo, que es el fuego, y os convertís en el pan, que es el cuerpo de Cristo. Y así se simboliza, en cierto modo, la unidad.

He aquí el orden propio de los misterios. En primer lugar, después de la oración, se os exhorta a tener el corazón levantado. Es lo que conviene a los miembros de Cristo. Pues, si os habéis convertido en miembros de Cristo, ¿dónde está vuestra cabeza? Los miembros tienen una cabeza. Si la cabeza no hubiese ido delante, los miembros no le seguirían. ¿Adónde fue nuestra cabeza? ¿Qué habéis proclamado al recitar el símbolo? *Al tercer día resucitó de entre los muertos, subió al*

cielo y está sentado a la derecha del Padre. Así, pues, nuestra cabeza está en el cielo. Por eso, cuando se os dice: *Levantemos el corazón*, respondéis: *Lo tenemos levantado hacia el Señor.* Y para que este tener el corazón levantado hacia el Señor no lo atribuyáis a vuestras fuerzas, a vuestros méritos, a vuestros sudores, siendo un don de Dios, después que el pueblo ha respondido: *Tenemos nuestro corazón levantado hacia el Señor*, el sacerdote u obispo que hace de oferente continúa: Demos gracias al Señor nuestro Dios, por el corazón que tenemos en alto. Démosle gracias, porque si él no nos lo hubiese concedido, lo tendríamos en la tierra. Y vosotros lo atestáis respondiendo: *«Es digno y justo que demos gracias a quien ha hecho que tengamos el corazón levantado hacia nuestra cabeza.»*

Luego, después de la santificación del sacrificio de Dios, puesto que él ha querido que nosotros mismos seamos su sacrificio, como lo demostró al establecer aquel primer sacrificio de Dios, y nosotros... -es decir, el signo de la realidad- lo que somos, he aquí que, cuando se ha terminado la santificación, decimos la oración del Señor, que habéis aprendido y recitado de memoria. A continuación de ella se dice: La paz esté con vosotros, y los cristianos se intercambian el ósculo santo, que es la señal de la paz. Tenga lugar en la conciencia lo que indican los labios; es decir, como tus labios se acercan a los de tu hermano, de idéntica manera tu corazón no debe alejarse del suyo.

Grandes son estos misterios; grandes en verdad. ¿Queréis saber cómo se nos confían? Dice el Apóstol: *Quien come el cuerpo de Cristo o bebe la sangre de Cristo indignamente, es reo del cuerpo y de la sangre del Señor.* ¿En qué consiste recibirlo indignamente? En recibirlo con desprecio, en recibirlo en plan de burla. No te parezca vil por el hecho de ser visible. Lo que ves pasa, pero lo que manifiesta, que es invisible, no pasa, sino que permanece. Ved que se le recibe, se le come, se consume. ¿Se consume, acaso, el cuerpo de Cristo? ¿Se consume, acaso, la Iglesia o los miembros de Cristo? En ningún modo. Aquí son purificados, allá son coronados. Por tanto, permanecerá lo que se significa aunque se vea pasar lo que lo significa. Recibidlo, pues, de manera que penséis en ello, mantengáis la unidad en el corazón y tengáis siempre vuestro corazón fijo en lo alto. No esté vuestra esperanza en la tierra, sino en el cielo; vuestra fe esté segura en Dios, sea agradable a Dios, pues lo que aquí creéis aunque no veis, lo veréis allí donde el gozo no tendrá fin.

S E R M Ó N 2 7 2

Tema: Alocución a los neófitos.

Lugar: Desconocido.

Fecha: Día de Pascua. Entre el 405 y el 411.

Lo que estáis viendo sobre el altar de Dios, lo visteis también la pasada noche; pero aún no habéis escuchado qué es, qué significa ni el gran misterio que encierra. Lo que veis es pan y un cáliz; vuestros ojos así os lo indican. Mas según vuestra fe, que necesita ser instruida, el pan es el cuerpo de Cristo, y el cáliz la sangre de Cristo. Esto dicho brevemente, lo que quizá sea suficiente a la fe; pero la fe exige ser documentada.

Dice, en efecto, el profeta: *Si no creéis, no comprenderéis*. Ahora podéis decirme a mí: «Nos mandas que lo creamos; explícanoslo para que lo entendamos.» Puede, en efecto, surgir en la mente de cualquiera el siguiente pensamiento: «Sabemos de dónde tomó carne Jesucristo nuestro Señor: de la virgen María. Siendo pequeño, tomó el pecho, fue alimentado, creció, llegó a la edad madura, fue perseguido por los judíos, colgado de un madero, muerto en el madero y bajado del madero; fue sepultado, resucitó al tercer día y cuando quiso subió al cielo, llevándose allí su cuerpo; de allí ha de venir a juzgar a vivos y a muertos, y allí esta ahora sentado a la derecha del Padre: ¿cómo este pan es su cuerpo y cómo este cáliz, o lo que él contiene, es su sangre?» A estas cosas, hermanos míos, las llamamos sacramentos, porque en ellas es una cosa la que se ve y otra la que se entiende. Lo que se ve tiene forma corporal; lo que se entiende posee fruto espiritual. Por tanto, si quieres entender el cuerpo de Cristo, escucha al Apóstol, que dice a los fieles: *Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros*. En consecuencia, si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros. A lo que sois respondéis con el *Amén*, y con vuestra respuesta lo rubricáis. Se te dice: «El cuerpo de Cristo», y respondes: «Amén.»

Sé miembro del cuerpo de Cristo para que sea auténtico el Amén. ¿Por qué precisamente en el pan? No aportemos nada personal al respecto, y escuchemos otra vez al Apóstol, quien, hablando del mismo sacramento, dice: *Siendo muchos, somos un solo pan, un único cuerpo*. Comprendedlo y llenaos de gozo: unidad, verdad, piedad, caridad. *Un solo pan*: ¿quién es este único pan? *Muchos somos un único cuerpo*. Traed a la memoria que el pan no se hace de un solo grano, sino de muchos. Cuando recibíais los exorcismos, erais como molidos; cuando fuisteis bautizados, como asperjados; cuando recibisteis el fuego del Espíritu Santo fuisteis como cocidos. Sed lo que veis y recibid lo que sois. Eso es lo que dijo el Apóstol a propósito del pan. Lo que hemos de entender respecto al cáliz, aun sin decirlo expresamente, lo mostró

con suficiencia. Para que exista esta especie visible de pan se han conglutinado muchos granos en una sola masa, como si sucediera aquello mismo que dice la Sagrada Escritura a propósito de los fieles: *Tenían una sola alma y un solo corazón hacia Dios*. Lo mismo ha de decirse del vino. Recordad, hermanos, cómo se hace el vino. Son muchas las uvas que penden del racimo, pero el zumo de las mismas se mezcla, formando un solo vino. Así también nos simbolizó a nosotros Cristo el Señor; quiso que nosotros perteneciéramos a él, y consagró en su mesa el misterio de nuestra Paz y unidad. El que recibe el misterio de la unidad y no posee el vínculo de la Paz, no recibe un misterio para provecho propio, sino un testimonio contra sí. Vueltos al Señor, Dios Padre todopoderoso, démosle, con sincero corazón y en cuanto lo permita nuestra pequeñez, las más sinceras gracias, suplicando con toda el alma su particular mansedumbre para que se digne escuchar en su bondad nuestras súplicas, alejar con su poder al enemigo de nuestras acciones y pensamientos, aumentar nuestra fe, dirigir nuestra mente, otorgarnos pensamientos espirituales y conducirnos a su bienaventuranza por Jesucristo, su Hijo. Amén.